

¿Por quién murió Cristo?

Rev. Angus Stewart

¿Por quién murió en la cruz Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado? Esta pregunta fundamental debe plantearse y responderse especialmente en nuestros días, porque muchos creen que el Señor derramó Su sangre por todos, cabeza por cabeza, sin excluir a nadie. Este punto de vista, la expiación universal, se predica en muchos púlpitos y se promueve ampliamente como si fuera una verdad evangélica. Pero esta posición debe analizarse cuidadosamente. ¿Es realmente cierto que Cristo dio su vida para salvar a todos sin excepción?

Este breve folleto presenta 19 argumentos sencillos contra este error popular. En primer lugar, muestra que la opinión de que el Hijo de Dios murió por todos los hombres absolutamente es insensata y contradictoria. Los argumentos 1-8 se exponen en la forma «¿Murió Cristo realmente por...?». El argumento 9 enumera antitéticamente los nombres bíblicos dados a aquellos por quienes el Salvador derramó Su sangre. En segundo lugar, la expiación universal queda descartada por consideraciones de la Santísima Trinidad, los sacrificios del Antiguo Testamento y la verdad de que la muerte de Cristo realmente expía y salva (argumentos 10-13). En tercer lugar, se exponen cinco capítulos bíblicos bien conocidos y pertinentes que prueban la redención particular, que Jesús entregó Su vida sólo por los elegidos (argumentos 14-18), que es la enseñanza de los credos reformados sobre la base de la Palabra de Dios (argumento 19). Se insta a los lectores a buscar y estudiar los textos de las Escrituras citados a lo largo de este folleto; esto es especialmente importante para los argumentos 14-18.

1. ¿Murió Cristo realmente por los que ya estaban en el infierno?

¿Cómo pudo el Dios Trino, poseedor de infinita sabiduría y entendimiento, enviar a Su amado Hijo para rescatar del pecado y del infierno a quienes ya estaban en el infierno, un lugar de tormento del que los condenados no tienen salida (Lucas 16:26; Marcos 9:43-48; Ap. 14:10-11)?

2. ¿Murió Cristo realmente por los que ya habían cometido el pecado imperdonable?

En Su ministerio público, Jesús habló del pecado imperdonable: «cualquiera que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero» (Mateo 12:32). Cristo no estaba hablando aquí meramente en abstracto; algunos de Sus oyentes ese día habían cometido ese pecado (22-37). El Señor sabía, por tanto, que algunas personas, incluidos los fariseos que estaban ante Él (24), no podían ser perdonadas. Entonces, ¿qué sentido tiene que el Salvador muriera por la redención y el perdón (Ef. 1:7) de aquellos que Él ya sabía que no podían ser perdonados?

3. ¿Murió Cristo realmente por aquellos que nunca escucharon el Evangelio?

Dios envió Su Palabra a un solo pueblo, los israelitas, durante la era del Antiguo Testamento, y «no ha hecho así con ninguna [otra] nación» (Sal. 147:19-20; Hch. 14:16). Además, Jehová tampoco envía el evangelio en la era del Nuevo Testamento a todo el mundo (Mateo 24:14; Hechos 16:6-8). ¿Por qué entonces Dios enviaría a Su Hijo a morir por aquellos que nunca escuchan el evangelio y por lo tanto nunca podrían salvarse (Ro. 10:14, 17)?

4. ¿Murió Cristo realmente por Judas, el Hijo de Perdición?

La Biblia enseña que Judas era «el hijo de perdición» (Juan 17:12), es decir, un hombre totalmente caracterizado por la perdición, la ruina y la destrucción eterna. ¿Murió realmente el Señor por Judas cuando sabía que el Antiguo Testamento ya había profetizado que Judas le traicionaría (Sal. 41:9; 109:6-19) e «irse a su propio lugar», es decir, al infierno (Hch. 1:25; Jn. 17:12)?

5. ¿Murió Cristo realmente por Esaú, a quien Dios odiaba?

La Escritura afirma que Dios odiaba a Esaú (Ro. 9:13), pero repetidamente se habla de la expiación del Salvador como fruto del amor de Dios (Juan 3:16; Ro. 5:8; I Juan 4:10). Entonces, ¿cómo pudo Dios enviar a Su Hijo en Su infinito, eterno e ilimitado amor (Ef. 3:18-19) a morir por Esaú a quien odiaba?

6. ¿Murió Cristo realmente por la falsa iglesia ramera?

Puesto que el sacrificio del Señor está motivado por Su amor a aquellos por quienes murió (Juan 15:13; Gálatas 2:20; Efesios 5:25), si Él entregó Su vida por absolutamente todos, ¿entonces también amó y murió por la iglesia falsa, la ramera, y las multitudes que fornican con ella en su culto corrupto (Apocalipsis 17:1-2, 15)! Pero Efesios 5:25 enseña que el Hijo de Dios «amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella». No se menciona aquí un amor de Cristo o una muerte de Cristo por lo que no es la iglesia verdadera y elegida que es santificada por la Palabra purificadora de Dios (26) y presentada sin mancha en el último día (27).

Si el Señor Jesús amó y murió por todos, cabeza por cabeza (lo que necesariamente incluye a la falsa iglesia), entonces Él debe haber «amado a la iglesia [y a la falsa iglesia], y se entregó a sí mismo por [ambas]». Entonces a los maridos se les ordenaría, «amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia [y a la falsa iglesia]» (25). Así, los maridos tendrían que amar a sus esposas incluso como Cristo ama a Su novia y ramera, la falsa iglesia.

Pero las Escrituras enseñan que nuestro Salvador tiene una sola esposa, la Iglesia de todos los siglos (Ap. 21:2). Él la amó y se entregó sólo por ella. Esta -y no la teoría de que el Redentor amó y murió por todos- es la verdad de la cruz y el modelo bíblico para los esposos cristianos que no deben amar y entregarse por rameras.

7. ¿Murió Cristo realmente por el Anticristo y sus seguidores?

Si el Señor Jesús murió por todos los hombres, entonces se deduce que fue crucificado para salvar al Anticristo, el «hombre de pecado» (II Tesalonicenses 2:3), que «se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios, o que se adora» (4). Este hombre es la culminación de la obra del «misterio de iniquidad» (7), el que obra con «todo engaño de iniquidad» (10), cuyo «advenimiento es según operación de Satanás, con gran poder, y señales, y prodigios mentirosos» (9). ¿Es posible que el Padre diera a Cristo la muerte por el Anticristo? ¿Acaso Aquel que es Dios y hombre fue realmente a la cruz por el hombre de Satanás, el «hombre de pecado» e «hijo de perdición» (3), el totalmente caracterizado por la iniquidad y la destrucción eterna? ¿Envío realmente el Dios eterno y omnisciente a Su Hijo para reconciliar al inicuo, a quien ha ordenado que sea destruido por el «espíritu de su boca [de Cristo]» y «el resplandor de su venida» (8)?

II Tesalonicenses 2 también habla de los seguidores del Anticristo. Rechazan la verdad y el hijo de perdicción los engaña; por lo tanto, ambas partes son culpables (10). Pero también leemos que «Dios les enviará operación de error, para que crean a la mentira, a fin de que sean condenados todos» (11-12). Si Dios los amó y dio a Su Hijo para morir por ellos y quiere reconciliarlos consigo mismo, entonces ¿por qué les envía un fuerte engaño *para que* crean la mentira *a fin de* que todos sean condenados (11-12)?

Del mismo modo, la muerte de Cristo por absolutamente todo el mundo presenta al Cordero de Dios ofreciéndose como sacrificio por la bestia y el falso profeta, de quienes se nos dice que serán «lanzados vivos dentro de un lago de fuego ardiendo con azufre» (Ap. 19:20). Además, «el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue lanzado en el lago de fuego» (Ap. 20:15). Si el Hijo de Dios murió por ellos, su rescate no hizo nada para librarlos del castigo eterno.

8. ¿Murió Cristo realmente por otros individuos y grupos reprobados?

Si el Señor murió por todos absolutamente, debe haber muerto por Caín así como por Abel, por Nimrod así como por Noé, por Jezabel así como por Elías. Esto también es válido para las naciones. Cristo debe haber redimido no sólo a Israel, sino también a los amalecitas, contra quienes Dios juró luchar durante generaciones (Ex. 17:14-16); a los amorreos, incluido Sehón, cuyo corazón Jehová hizo obstinado para poder destruirlo (Dt. 2:30); los cananeos, a quienes Dios endureció para que fueran a la batalla con Israel y fueran masacrados (Jos. 11:20); y los filisteos, incluido Goliat; así como los sodomitas homosexuales, sobre quienes el Altísimo hizo llover fuego y azufre (Gn. 19:24); y los edomitas, a quienes odió y devastó (Mal. 1:2-5).

El Hijo encarnado debió incluso ofrecerse en sacrificio por el Faraón, a quien Dios resucitó para mostrar Su poder al ahogarlo (Ex. 9:16; Ro. 9:17), y por los egipcios a quienes aplastó en el Mar Rojo (Ex. 14:26-28), aunque no se dispusiera la aplicación de sangre de corderos sobre sus dinteles (Ex. 12).

9. Cristo murió por Su Pueblo, amigos, etc.

La verdad es que Jesucristo murió por Su «pueblo» (Mt. 1:21; Heb. 2:17) y Sus «amigos» (Juan 15:13-14). El «pueblo» que Él redimió se describe además como «descendencia» (Isa. 53:10) y no la simiente de la serpiente (Gén. 3:15); Sus «hijos» y «hermanos» (Heb. 2:10-14) y no «bastardos», es decir, los ilegítimos (Heb. 12:8); Sus «ovejas» (Jn. 10:11, 15) y no «las cabras» (Mt. 25:33); Su «iglesia» (Hch. 20:28; Ef. 5:25) y no la «sinagoga de Satanás» (Ap. 2:9; 3:9); y los «muchos» (Is. 53:11-12; Mt. 20:28; 26:28; Mc. 14:24; Heb. 9:28) y no todos, cabeza por cabeza.

10. La verdad de la Trinidad descarta la expiación universal

La enseñanza ortodoxa de la Santísima Trinidad milita en contra de la noción de que Cristo murió por todos, cabeza por cabeza. El Padre eligió salvar sólo a los elegidos y no a los réprobos (Ro. 9:6-24; Ef. 1:3-6), el Espíritu aplica la redención sólo a los elegidos y no a los réprobos (Ro. 8:1-27; Ef. 1:13-14), pero el Hijo (supuestamente) murió por los elegidos y *los réprobos*. Así pues, hay una disyuntiva radical entre el alcance de la obra salvífica del Padre y del Espíritu (elegidos, *pero no reprobados*) y el alcance de la obra salvífica del Hijo (elegidos y *reprobados*). ¿Dónde está, pues, la unidad entre las tres Personas de la Divinidad? No todas tienen la misma mente y no todas tienen el mismo propósito. De hecho, una Persona de la Trinidad (el Hijo) está trabajando por una meta (la salvación de los reprobados) no compartida por las otras dos

Personas (el Padre y el Espíritu). El Padre elige a Su pueblo para ser redimido, el Espíritu aplica esta redención al mismo pueblo elegido, pero el Hijo (supuestamente) muere para redimir a algunos a quienes el Padre eligió no redimir y a algunos a quienes el Espíritu no quiere aplicar la redención.

Así pues, la enseñanza de la expiación universal está prohibida por la doctrina ortodoxa de la Santísima Trinidad y es contraria a las declaraciones bíblicas sobre la unidad del alcance de la obra salvadora del Padre y del Hijo (Jn 10:15-17; Ro. 3:25-26; II Co. 5:18-19; Ef. 1:4-7); del Hijo y del Espíritu (Gl. 4:4-6; Heb. 9:14); y del Padre, del Hijo y del Espíritu (Isa. 59:20-21; Ef. 1:3-14; II Tes. 2:13-14; Tito 3:4-6; I Pedro 1:2; Ap. 1:4-6).

11. Los sacrificios del Antiguo Testamento no eran universales

Las Escrituras, especialmente el libro de Hebreos, dejan muy claro que los sacrificios del Antiguo Testamento eran tipos y sombras de la muerte de nuestro gran sumo sacerdote en la cruz. Si el Cordero de Dios se ofreció por los pecados de todos, entonces uno esperaría que esto se reflejara en el sistema de sacrificios. Levítico 1-7, el pasaje central sobre los sacrificios mosaicos habla del holocausto, la ofrenda, la ofrenda de paz, la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa. Siempre estos sacrificios son particulares, para Israel, la iglesia (Lv. 1:2; 4:13; 7:36, 38), y en ninguna parte leemos de la expiación universal, una ofrenda para cada judío y gentil individual.

Del mismo modo, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote hacía expiación por los israelitas, no por los moabitas ni los jebuseos (Lv. 16:16, 17, 19, 21, 34). Además, el sumo sacerdote llevaba «los nombres de [las doce tribus de] los hijos de Israel» -no los nombres de los hijos de Esaú- en el pectoral «sobre su corazón, cuando entre en el santuario», hablando de su obra representativa e intercesora por ellos (Ex. 28:29).

Para que no se diga que los sacrificios del Antiguo Testamento hablan de una expiación por cada miembro de la nación de Israel, recordamos el hecho de que «no todos los que son de Israel son Israel» (Ro. 9:6) y que el verdadero judío no es el circuncidado en la carne, sino el circuncidado en el espíritu (Ro. 2:28-29). Nuestro Señor derramó Su sangre por el verdadero Israel y los tipos del Antiguo Testamento apuntan a Su redención del «Israel de Dios» espiritual, formado por judíos y gentiles elegidos (Gl. 6:16).

12. La muerte de Cristo expía realmente

La expiación universal se contradice con la presentación bíblica del sacrificio de Cristo como una obra que *realmente expía y borra el pecado*. El Hijo de Dios nos libró del reino del diablo (Heb. 2:14-15). Propició la ira de Dios contra nosotros cargando con la justa indignación de Dios contra nuestros pecados (I Juan 4:10). Nos reconcilió (Ro. 5:10), nos redimió (Gl. 3:13) y nos rescató (Mt. 20:28).

Las Escrituras no enseñan que Cristo simplemente *hizo posible la expiación* mediante Su muerte. En ninguna parte dice eso. La Biblia enseña que Jesús *realmente* nos liberó, reconcilió, redimió y rescató por Su cruz. Él no sólo hizo posible que todos los hombres fueran liberados, reconciliados, redimidos y rescatados. En la cruz, el Mesías apartó para siempre la ira punitiva de Dios contra nosotros. No es cierto que la ira de Jehová sólo se aparte *potencialmente* de todos los hombres, de modo que todos puedan salvarse si, por un acto de su «libre albedrío», eligen a Jesús. Este punto de vista haría que la entrada en el reino de Dios dependiera de la decisión del hombre y no de la elección de Dios.

Si el Hijo de Dios pagó el precio por todos los hombres, pero algunos perecen en el infierno, entonces Su cruz no salva a todos para quienes fue hecha. Tampoco es sustitutiva, porque si Él llevó el castigo de los réprobos, ¿en su lugar! ¿por qué perecen? Si algunos terminan en el infierno por quienes Cristo murió, entonces Dios castigó sus pecados dos veces, una vez en el Señor Jesús y otra en ellos. ¿Cómo puede el Dios infinitamente justo exigir el pago por los pecados dos veces? ¿Cómo puede exigir castigo al pecador en el infierno cuando la satisfacción ya fue hecha por Jesús? ¿Y cómo algunos a quienes el Salvador liberó, reconcilió, redimió y rescató pueden habitar para siempre como enemigos de Dios en la oscuridad eterna en el abismo sin fondo del infierno? ¡Recuerda, no hay condenación para aquellos por quienes Cristo murió (Ro. 8:34)!

El Hijo de Dios está tan lejos de derramar su sangre por todos que su muerte es en realidad “el juicio de este mundo”, porque es la expulsión de Satanás, “el príncipe de este mundo” (Juan 12:31), trayendo destrucción sobre el diablo y su “símiente” (Génesis 3:15).

13. La muerte de Cristo salva realmente

Si el Señor Jesús murió por absolutamente todo el mundo, ¿por qué no se *salvan realmente* todos? Romanos 6 deja claro que los que están unidos a Cristo en Su muerte están muertos al pecado (6-7) y «vivos para Dios» (11), y serán resucitados corporalmente a la gloria (5). Pero muchos pasan todos sus días «muertos en vuestros delitos y pecados» (Ef. 2:1) y resucitarán en la «resurrección de condenación» (Jn. 5:29). Sólo podemos concluir que no estuvieron unidos a Cristo en Su muerte (es decir, Él no murió por ellos), porque si los réprobos estuvieran unidos al Hijo de Dios en Su muerte (es decir, si Él muriera por ellos), morirían al pecado y vivirían para Dios (Ro. 14:9; II Co. 5:14-15).

Las Escrituras enseñan que tanto la fe (Ef. 2:8-9; Flp. 1:29) como el arrepentimiento (Hch. 5:31; 11:18; II Ti. 2:25) son dones de la gracia de Dios. La fe y el arrepentimiento son ejemplos de «bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Ef. 1:3). Las bendiciones de Dios en Cristo llegan a través de la cruz (Ro. 8:32; Gl. 3:13-14). Pero «no todos los hombres tienen fe» (II Ts. 3:2) ni todos se arrepienten (Ap. 16:11). Así pues, la fe y el arrepentimiento no fueron comprados por todos, cabeza por cabeza en la cruz, por lo que el Salvador no murió por todos.

Tito 2:14 explica que el propósito del Hijo en Su redención en la cruz es la santificación de Su propio «pueblo propio» para que seamos purificados y seamos «celoso de buenas obras». Pero muchos mueren impenitentemente y son «inmundos» (Ap. 22:11) a causa de sus «obras de impiedad» (Jud. 15). Puesto que el propósito del Dios omnipotente siempre permanece (Ro. 9:11) y nunca puede ser resistido (II Cr. 20:6), no era el propósito del Señor santificar y redimir a los réprobos por la cruz. Por lo tanto, Cristo no murió por ellos.

14. Juan 10 enseña la redención particular

En Juan 10, Jesús enseña que Él, el buen pastor, murió por Sus ovejas: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas» (11); «pongo mi vida por las ovejas» (15). Así como todo pastor terrenal tiene sus «propias ovejas» (3, 4), Cristo se refiere a su «redil» o rebaño (16) como «mis ovejas» (14, 26, 27). Más tarde, el Señor dijo a algunas personas que no eran Sus ovejas y que esa era la razón por la que no creían: «Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas» (26).

El argumento es sencillo: Jesús murió por Sus ovejas (11, 15), sabiendo exactamente quiénes son (14, 26, 27); dijo a ciertas personas que no eran Sus ovejas (26); por lo tanto, no murió por ellas. El Señor también dijo que Sus ovejas le fueron dadas por Su Padre (29). El Padre le dio las ovejas al Hijo en Su eterno propósito de elección, para que con el tiempo Él muriera por ellas y las reuniera de entre todas las naciones (16). Puesto que Cristo murió por Sus ovejas (y algunas no son Sus ovejas), y Sus ovejas son los elegidos, Cristo murió sólo por los elegidos.

15. Juan 17 enseña la redención particular

En Su oración sumo sacerdotal en Juan 17, Jesús declara, «Yo ruego por ellos; *no ruego por el mundo*, sino por los que me diste, porque tuyos son» (9). El «mundo» aquí es el mundo de los réprobos o no elegidos por los que el Hijo de Dios encarnado no reza, en contraposición a los elegidos («los que me diste»).

Si el Señor no hizo lo menor (orar por el mundo réprobo), ¿hizo realmente lo mayor (morir por el mundo réprobo)? La intercesión es uno de los dos aspectos principales de la obra sacerdotal de Cristo. Si Jesús no oró por el mundo (un aspecto de Su obra sacerdotal), ¿es posible que muriera por el mundo (el otro aspecto de Su obra sacerdotal)? Esto destruiría la unidad del oficio sacerdotal de Cristo, pues estaría muriendo por aquellos por los que no intercedió (ni intercede). Además, el Salvador ora *sobre la base de* Su obra redentora terminada (Isaías 53:12; Romanos 8:34; Hebreos 7:25-27; 9:24-26). Por lo tanto, si no oró por el mundo, es porque no murió por el mundo.

En Juan 17, Jesús está orando pocas horas antes de la cruz y con vistas a Su muerte sacrificial, pues dice: «Padre, *la hora* ha llegado» (1). A lo largo de Juan 17, las oraciones de Cristo y, por tanto, su obra redentora son particulares, sólo para los elegidos, aquellos que el Padre le entregó (2, 6, 9, 11, 12, 24). Las oraciones de Nuestro Señor para que el Padre guarde (11-16), santifique (17-19), una (20-23) y glorifique (24-26) «a todos los que le diste» (2) son poderosamente atendidas, pues se nos concede la «vida eterna» (2-3).

Jesús dice: «Y *por ellos* yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados» (19). Cristo se santifica consagrándose y dedicándose a hacer la voluntad de Aquel que lo envió. Nuestro Señor se apartó especialmente como nuestro sacrificio voluntario en la cruz. Esto, nos dice, fue «por *ellos*», por aquellos que el Padre le dio, los elegidos. Así, las oraciones y el sacrificio de Cristo no sólo son particulares - «por los que me diste» (9)-, sino también exclusivos, «no... por el mundo» (9).

16. Isaías 53 enseña la redención particular

Isaías 53 es el capítulo más importante del Antiguo Testamento, y posiblemente de toda la Biblia, sobre la expiación sustitutoria de nuestro Salvador. El «nosotros» por cuyos pecados Cristo fue «herido» (4-6) recibe nombres específicos: «mi pueblo» (8), «su descendencia» (10), y los «muchos» -no todos los hombres cabeza por cabeza (11-12). Ellos son el «placer del Señor» que «en su mano prosperada» (10). Dios nunca hizo «prosperar en su mano» a los réprobos y nunca se complació en ellos (Sal. 2:4-5; Pr. 3:32-34). No son Su «descendencia», «pueblo» y «complacencia», por lo que Jesús no murió por ellos.

Aquellos por quienes Cristo murió *son* «curados» por «su llaga» (Isa. 53:5). No es meramente que *puedan* ser sanados *si* creen, sino que realmente *son* sanados. Aquellos cuyos pecados llevó el Hijo son también justificados: «justificará mi siervo justo a muchos, y él llevará las iniquidades de ellos» (11). El «pueblo» elegido de Dios (8) es declarado perfectamente justo *porque* Cristo llevó nuestro castigo (11). Los réprobos

no son justificados, por lo que Él no expió por ellos. Es por los «muchos» cuyos pecados Él cargó que el Salvador intercede (12). Recuerda que Jesús dijo: «No ruego por el mundo, sino por los que me diste» (Jn. 17:9). Los «muchos» por los que Cristo sufrió y por los que ora son los elegidos, no el mundo reprobado.

De este modo, Jesús está perfectamente «satisfecho» (Is. 53:11). Si algunos por los que Él fue «herido» (8) y por los que intercede (12) no son sanados (5) y justificados (11) y no «prosperan en su mano» (10) y no reciben parte de su botín (12), Cristo no estaría «satisfecho» (11). Si perece una sola alma por la que Él murió, el propósito de Cristo no se ha realizado plenamente, Su expiación no ha tenido un éxito total y Él está *insatisfecho*. La noción de que Jesús derramó su preciosa sangre por todos, cabeza por cabeza presenta la cruz como un abyecto fracaso con respecto a la mayoría de aquellos por quienes murió y contradice la enseñanza bíblica de que Cristo está «satisfecho» con el fruto de su muerte (11).

17. Efesios 1 enseña la redención particular

Efesios 1:3 declara que hemos sido bendecidos «con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo». Estas bendiciones nos llegan «según [es decir, Dios] nos escogió en él [es decir, Cristo] antes de la fundación del mundo» (4), es decir, recibimos todas estas bendiciones según nuestra elección eterna (4) y predestinación (5). Efesios 1 enumera algunas de nuestras bendiciones espirituales: santidad (4), adopción (5), aceptación con Dios (6), redención (7), el perdón de los pecados (7), el conocimiento de la voluntad de Dios (9), el sellamiento del Espíritu Santo (13) y una herencia eterna (11, 14). No sólo somos bendecidos según nuestra elección (4, 5), sino que todos los elegidos tienen «*toda* bendición espiritual» (3). Por otro lado, el hecho de que los réprobos no sean bendecidos con ninguna de estas bendiciones espirituales es también según el eterno «propósito de aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad» (11).

Una de las bendiciones espirituales que tenemos en Cristo es «redención por su sangre» (7). Así pues, la redención o expiación del Hijo es un ejemplo de esas bendiciones espirituales que nos vienen «según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo» (4). Por tanto, el Señor redimió, derramó su sangre y murió por los elegidos y no por los réprobos. Así, los elegidos son perdonados (7), adoptados (5), aceptados (6), santificados (4) y sellados con el Espíritu (13) para su herencia eterna (11, 14) sobre la base de la cruz de nuestro Salvador. Los réprobos no reciben ninguna de las bendiciones espirituales del sacrificio de Cristo, porque Él no murió por ellos.

18. Romanos 8 enseña la redención particular

Romanos 8 también es contrario a la expiación universal. Los versículos 28-30 hablan de un pueblo a quien Dios conoció de antemano, predestinó, llamó según Su propósito, justificó, glorificó y conformó a la imagen de Su Hijo. El apóstol llega a la siguiente conclusión: «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (31). «Pues» indica que se trata de una inferencia lógica basada en sus afirmaciones precedentes, aquí llamado «esto». Los «nosotros» sólo pueden ser los predestinados (o elegidos) y llamados según el propósito eterno de Dios (28-30). El argumento de Pablo es el siguiente: Si Dios está «*por* nosotros» (31) en la predestinación, el llamamiento, la justificación y la glorificación (29-30), entonces «¿quién *contra* nosotros?» (31). En otras palabras, si Dios en su decreto eterno nos ha elegido para la bienaventuranza eterna, nos ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa, nos ha absuelto de todos nuestros pecados y nos ha considerado justos con la misma justicia de Cristo, y nos ha glorificado conformándonos a la imagen de su Hijo, entonces «¿quién contra nosotros?» (31).

El apóstol refuerza este argumento, ya de por sí convincente, con otro: «El que aun a su propio Hijo no eximió, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (32). ¿Quiénes son los «nosotros» a los que aquí se alude dos veces y por los que Dios envió al Salvador a morir? De nuevo, son los predestinados y llamados según el propósito eterno de Dios (28-30). La única conclusión es que Cristo murió por los elegidos.

Si se objeta que el Señor Jesús también murió por los no elegidos, entonces respondemos que el pasaje no da absolutamente ninguna pista de esto. De hecho, esto haría que el pasaje enseñara que Dios envió a Su Hijo a morir por aquellos que no son predestinados y no son llamados, justificados, glorificados o conformados a Cristo. Además, si se argumenta que el Salvador murió por los reprobados, esto haría que el pasaje enseñara que los reprobados recibirán todas las bendiciones de Su cruz, porque el versículo 32 enseña que Dios da gratuitamente «todas las cosas» a aquellos por quienes Cristo murió. Las «todas las cosas» incluyen la libertad de la ley del pecado y de la muerte (2), la vida y la paz (6), la adopción como hijos de Dios (14), el testimonio del Espíritu (16), una herencia eterna (17), la redención del cuerpo en la resurrección de los justos (23), la capacidad de orar en el Espíritu (26), etc. Además, ¡las «todas las cosas» también incluirían las bendiciones de la justificación, el llamamiento, la glorificación y la conformidad con Cristo según la predestinación eterna de Dios (28-30)! Leer la expiación universal en Romanos 8:32 significaría que Dios da libremente las bendiciones del llamamiento, la justificación y la glorificación a los réprobos, aquellos a quienes Él nunca llama, justifica o glorifica. Este versículo enseña una conexión absolutamente inseparable entre aquellos por quienes Cristo murió y todas estas bendiciones espirituales. Algunos no reciben estas bendiciones; por lo tanto, el Salvador no murió por ellos.

Luego Romanos 8 declara que ninguna acusación (33) y ninguna condenación (34) pueden ser puestas contra aquellos que son justificados (33), aquellos por quienes Cristo murió (34). ¡Pero muchos cargos son justamente hechos por el Dios del cielo contra los malvados reprobados para que sean condenados! Esto es así porque no están justificados (33), pues Jesús no murió por ellos y no intercede por ellos (34).

19. Los Credos reformados enseñan la redención particular

Sobre la base de la Palabra de Dios y de acuerdo con los argumentos bíblicos de este folleto, los credos de las iglesias reformadas -en las Islas Británicas, en Europa continental, en Norteamérica y en todo el mundo- enseñan que el Señor murió sólo por Su iglesia elegida. *Los Cánones de Dordt* (1618-1619), elaborados por una asamblea internacional de protestantes reformados, afirman claramente que el Hijo de Dios redimió a los elegidos «y únicamente a ellos» (II:8) y que quienes enseñan que murió por absolutamente todo el mundo hablan «despectivamente de la muerte de Cristo» y «vuelven a traer del infierno el error pelagiano» (II:R:3). El presbiteriano estadounidense B. B. Warfield escribe que los *Cánones* fueron «publicados con autoridad en 1619 como la conclusión del Sínodo [de Dort] con la ayuda de un gran cuerpo de asesores extranjeros, representativos prácticamente de todo el mundo reformado. Los Cánones ... por lo tanto ... [poseen] la autoridad moral de los decretos de prácticamente un Concilio Ecuménico en todo el cuerpo de Iglesias Reformadas» (*Obras*, vol. 9, p. 144).

La Confesión de Westminster afirma: «No hay otros que sean redimidos por Cristo... sino solamente los elegidos» (3:6; cf. 8:1; 11:4; 13:1). Estos artículos se incluyeron en la *Declaración de Saboya* congregacionalista (1658) y en la *Confesión Bautista* (1689). Así, los credos de los presbiterianos, congregacionalistas y bautistas enseñan todos la expiación limitada o redención particular. Todos los que recitan el *Catecismo Menor de Westminster* confiesan que Jesucristo es el «único Redentor de los *elegidos*

de Dios» (R. 21). Los credos reformados simplemente exponen la enseñanza de la Biblia sobre este tema. Creamos y aferrémonos a la verdad bíblica, difundámosla cerca y lejos, y honremos al Cristo crucificado y victorioso que ¡entregó Su vida por Sus amadas ovejas (Juan 10:15)!

La conferencia « <https://cprc.co.uk/sermons/for-whom-did-christ-die/> » está disponible en línea en audio y vídeo.